

A mi amigo D.
Remón Valverde Fe-
ller

un segundo draft.
amigo

El autor

Salpica: noviembre 28. de

1906.

ODA 1.

À MECENAS.

Maecenas atavis edite regibus,

¡Oh tú, de abuelos nobles por contiguos
À los reyes antiguos
Descendiente, Mecenas, mi decoro
Dulce! de Olimpia el barro
Que adhiere al ágil y sonante carro
Y es para algunos el mayor tesoro,

Y la evitada meta peligrosa
Por la rueda hervorosa,
Y la arrogante palma ennoblecida,
Del mundo á los magnates
Agigantan, doblando sus quilates,
Y entre los mismos dioses dan cabida.

À éste, si acaso le subliman vanos
Los móviles romanos
À los tres sumos, ínelitos honores,
Y á aquél que en su troj guarda
Cuanto rinden sin yugo y sin escarda
De la Lybia los campos productores,

Y que sensible y plácido se goza
 En voltear la broza
 Con hierro adunco en el paterno ejido,
 Del nacer á la muerte,
 Si le ponderas de Átalo la suerte,
 No lograrás dejarle convencido

De que debe imitar ese diseño
 Y en leve ciprio leño,
 Atrás dejados los tranquilos lares
 Y la pánica flauta,
 Arriesgarse á cortar pávido nauta
 De la hosca Mirtos los revueltos mares.

El mercader encallecido y rudo,
 Al Áfrico sañudo
 Que ama luchar con las icarias olas
 Temiéndolo, el campo hermoso
 Y de su aldea el perennal reposo
 Al recordar embélese á sus solas.

Mas, luego se incorpora con presteza
 Si de infausta pobreza
 Oye no lejos las pisadas graves,
 Del padecer ignaro;
 Y al punto dase con empeño raro
 Á rehacer las averiadas naves.

Gusta alguien de beber masico añejo,
 Ya del madroño ó el tejo
 Cabe el tronco, robada parte al día,
 El cuerpo recostado,
 Ya en el musgoso origen y sagrado
 De amena fuente, rumorosa y fría.

À no pocos acaso da contento
 El duro campamento
 Y el ronco son de la trompeta unida
 Con el clarín que aterra
 Y la rabiosa, miserable guerra
 Por las madres cual nada aborrecida.

À la intemperie el cazador impío
 Soporta el crudo frío
 Aun olvidado de la tierna esposa,
 Si el lebrél á una cierva
 Columbra ó si la cava red enerva
 El marso jabalí ó romperla osa.

À mí me asocian á los dioses altos
 Las hiedras de los saltos,
 Corona y premio de las doctas frentes;
 Del vulgo sin cultura
 Me apartan, de la selva la espesura
 Vestida de carámbanos lucientes

Y de las ninfas leves en alianza
 Con sátiros, la danza:
 Que no Euterpe su flauta dióme en vano;
 Y ni la lesbia lira
 Me prohíbe templar, ó la retira
 Sabia Polimnia de mi experta mano.

Si, pues que tienes delicado oído,
 Mecenas bien querido,
 De los poetas líricos el vuelo
 Tu fallo me otorgara,
 Tan grande me creyera, que tocara
 Mi coronilla el estrellado cielo.

ODA II.

À AUGUSTO CÉSAR.

—
Iam satis terris nivis, atque dirae

Ya mucha nieve y saltador granizo
Al mundo ha enviado poderoso el Padre;
Y habiendo herido con rojiza diestra
Templo y alcázar,

Espanto puso á la ciudad medrosa
Y miedo puso á la azorada gente,
De que de Pyrra retornara acaso
La época grave;

De Pyrra el siglo, que prodigios nuevos
Temió quejosa, cuando á ver los montes
Altos, Proteo su rebaño lleva
Pávido y mudo;

Cuando del olmo sobre el alta copa,
En donde sólo la torcaz descansa,
Quedó atorado el de marinos peces
Áureo linaje;

Y en la convexa superficie undosa
Del mar sin playa que envolvió á la tierra
Nadar se vieron los del bosque amantes,
Tímidos gamos.

Vimos que el Tíber, de la costa etrusca
Vueltas con rabia sus rapaces olas,
Del rey la tumba á derribar y el templo
Iba de Vesta.

Mientras el río embebecido escucha
De Ilia su esposa la quejumbre y lloro
Y aun alardea de vengar la triste
Muerte del César,

Túmido, crespo, rumoroso, errante,
El cauce deja y por la izquierda orilla
Minaz resbala y se retuerce fiero,
Invito Jove.

Oirá después la juventud mermada,
De sus abuelos por la culpa y vicio,
Que por mejor arrebatara la vida
Discolo al persa,

Los ciudadanos, la delgada punta
Siempre aguzaron del volante hierro;
Y oirá narrar de las continuas lides
Negra la historia.

¿Á quién, á quién de los excelsos dioses
El triste pueblo llamará en su ayuda
Hoy que el imperio, como al mar el río,
Corre á su ruina?

¿Con cuáles ruegos á la casta Vesta
 Fatigará la pudibunda virgen,
 Ya sin dudar que ensordecida escucha
 Poco sus cantos?

¿Á quién, á quién el justiciero Jove
 Dará el encargo de vengar el crimen?
 ¡Qué envuelto bajas en candente nube
 Ruégote, Apolo!

Ó ven, si quieres, deliciosa Venus,
 Á quien rodean sin cesar volando
 El regocijo y el rapaz inquieto,
 Dulce Cupido.

Ó tú, Mavorte, si mirar te place
 Á tu afrentada, sin ventura prole,
 Ven, ya saciado de viril retozo
 ¡Ay.....y cuán largo!

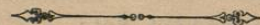
Tú, á quien deleitan las confusas voces
 Y leves yelmos y el semblante crudo
 Del mauro infante, que al contrario acosa
 Agrio y sangriento.

Y tú, Mercurio, de la diosa Maya
 Hijo veloce, que en la tierra imitas
 Al dulce joven, transformado el rostro,
 Gesto y figura,

Que te apelliden vengador del César
 Sufre, te ruego; y al Olimpo tarde
 Torna, y perenne de Quirino al pueblo,
 Plácido asiste.

Y no irritado por los fieros vicios
 Veloz te aleje y bramador el viento;
 Sino antes bien, en la terrestre esfera
 Ama los triunfos;

Y quiere en ella, ser llamado admite
 Príncipe y padre: sin castigo nunca
 Dejes, oh César, que cabalgue el medo
 Tú siendo el jefe.



ODA III.

À LA NAVE EN QUE SE EMBARCÓ VIRGILIO
 PARA IR Á ATENAS.

Sic te diva potens Cypri,

¡Nave, que á los confines de la Acaya
 De la nativa playa
 Conduces á Virgilio, así la diosa
 Ciprina y los hermanos
 De Helena, soberanos
 Astros te alumbren con su luz radiosa!

¡Quiera Eolo, padre de los vientos,
 Á los austros violentos
 Encadenar, y deje el ponto en calma!
 È impulsándote, oh nave,
 Sólo el céfiro suave
 Lleva sin riesgo al que es mitad de mi alma.

Valiente fué, y el pecho acorazado
De peto triplicado
Tuvo el primero que dejó la orilla,
Y con el ponto rudo
Porfó sin otro escudo
Que el remo frágil y la comba quilla.

Él no temió del húmido Africano
Y de Aquilón insano
La lucha, ni el fulgor de las Híadas,
Ni el hórrido alboroto
Que mueve crudo el Noto
Al bregar con las olas encrespadas.

¿Qué género de muerte ardraría
À quien firme veía
Nadar á su redor pulpo y ballena,
Y el mar entumecido,
Y su esquiife prendido
De ostras en bancos, pórfido y arena?

La tierra firme, seca y providente,
Sabio Dios y prudente
Del mar que al mundo corta aparta en vano,
Si las naves impías
Dejadas las bahías,
Se arriesgan á surcar el océano.

Nuestro linaje necio y presumido,
Que á todo se ha atrevido,
Entra sin freno en la maldad vedada:
Con fraude Prometeo
Nos trajo por trofeo
El fuego hurtado á la eternal morada.

Desde ese robo en lágrimas fecundo
Incuban sobre el mundo
La palidez y un género no escaso
De fiebres; y tirana
La muerte antes lejana
Hoy nos persigue con ligero paso.

Dédalo intenta en ciego desvarío
Verberar el vacío
Con alas para el hombre desiguales;
Y del báratro fiero
Alcides al Cerbero
Liberta. ¡Nada hay arduo á los mortales!

Con sin par estulticia al mismo cielo
Llevamos torpe el vuelo
Tentando transponernos á otros mundos;
Y el crimen no consiente
Que Jove omnipotente
Deponga los sus rayos iracundos.



ODA IV.

Á L. SEXTIO.

Solvitur aeris hyems grata vice Veris et Favoni,

Depone su rigor el agrio Invierno
Al vislumbrar el tierno
Semblante de la fértil Primavera;
Colúmpianse los suaves
Céfiros tibios, y de enjutas naves
Las máquinas despejan la ribera.

Del aprisco seguro y abrigado
No gusta ya el ganado,
Ni del hogar el labrador robusto;
Ni se alza la espesura
Llevando veste de sin par blancura
De nieve y hielos, con aspecto adusto.

Ya las danzas preside Citerea
Cuando muda vaguea
Llena la luna por el ancho cielo;
Y las Ninfas y Gracias
En grupos coronándose de acacias
Con alternado pie hieren el suelo.

Y mientras, con los cíclopes Vulcano
El monte siciliano
Hace tremer flamígero y ardiente;
Y las armas letales
Caldea de los héroes inmortales
Y los rayos de Jove omnipotente.

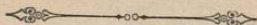
Conviene ahora, la cabeza ungida
Con esencias, ceñida
Llevar en lauros de inmortal verdura
Y en nacaradas flores
Que desparciendo bálsamo y olores
Á producir la tierra se apresura.

Conviene ahora, en la arboleda umbría
Bajo la sombra fría
Sacrificar á Fauno algún cabrito
Con mano placentera;
O si mejor le place, una cordera
La más lucia que pazca en el distrito.

Sextio dichoso, pálida la muerte
Pulsa la torre fuerte
Del rey soberbio con la misma pianta
Con que pulsa la choza
Donde el pobre sin término solloza
Y que apenas del suelo se levanta.

Es deleznable el tiempo de la vida
Tanto, que no convida
Á nutrir engañosas esperanzas.
Presto á la fosa obscura
Te arrastrarán tembloroso de pavura
Los Manes con indignas asechanzas.

Y la plutonia casa sorprendido
 Mirarás, y que ha sido
 De dicha albergue ó manantial de horrores;
 Donde una vez entrado,
 No ha de tocarte en suerte por el dado
 Tasar en el banquete los licores.



ODA V.

Á PIRRA.

Quis multa grácilis te puer in rosa

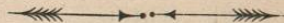
¿Quién es el joven nítido y gallardo
 Que con líquido nardo
 Y fragante salpícase, de rosa,
 Oh Pirra, sobre alfombra como nieve
 Y que á urgirte se atreve
 En honda gruta, gélida y musgosa?

¿Y para éste se apresta tu hermosura
 Con sencillez tan pura
 Á religar la rubia cabellera,
 La limpia veste á descoger?.....¡Ay, cuánto
 Con hórrido quebranto
 Llorar harán tu fe nada sincera

Y los dioses adversos, no enseñado
 Á ver exasperado
 Al mar que lucha con los bravos vientos,
 Al crédulo novel que goza ahora
 De la áurea y gran señora
 Forjada por errados pensamientos!

Á quien célibe siempre y codiciable
 Te juzga y siempre amable
 De aura falaz ajeno.....¡Desgraciados
 Y mil veces aquellos para quienes
 Intacta te sostienes
 Con brillos de virtud aun no apagados!

El sacro muro, tácito y devoto
 Mostrando está mi exvoto
 Cerca de los fumíferos altares
 Y no lejos mi veste humedecida,
 Que salvada la vida
 Ofrezco al dios potente de los mares.



ODA VI.

Á M. V. AGRIPA.

Scriberis Vario fortis, et hostium

Pintarte valeroso
 Y vencedor de bárbaro enemigo,
 O un hecho glorioso
 De aquellos que contigo
 De tu valor militan al abrigo,

Ya manejen la brida,
 Ya el mar fatiguen con sonante armada,
 ¡Empresa desmedida
 Á Vario reservada
 En los versos heróicos ave osada!

Yo modesto poeta,
 Oh caro Agripa, publicar no intento
 Con arrogancia insueta
 Tus hazañas sin cuento:
 Me faltan frases, y me falta aliento;

Ni el iracundo enojo
 Y bravo ardor de Aquiles indomable;
 Ni el temerario arrojo
 De Ulises el inestable
 Para quien no hubo mar innavegable;

Y ni la infame casa
 De Pélope homicida: me lo veda
 Mi cortedad no escasa;
 Y de mi lira leda
 La señora no quiere que proceda

Á cantar tus loores
 Y ni de César la virtud propicia:
 No sea que menores,
 Con punible injusticia,
 Presente al mundo á entrambos mi impericia.

¿Quién describir pudiera
 Dignamente el arnés adamantino
 De Marte, y la cimera
 De aquel Merión divino
 Por el polvo empañada del camino

En la guerra troyana?
 ¿Y de Tideo al hijo ponderado,
 De fuerza sobrehumana,
 Y que al cielo estrellado
 Se levanta por Palas ayudado?

Yo sin amores, gozo
 En celebrar de jóvenes las riñas
 Que nacen de alborozo
 Con las imbeles niñas
 Que saltan en las plácidas campiñas

Y con uñas cortadas
 Acometen; y si un amor me quema,
 Que pasa á las vegadas,
 Mi delicia suprema
 Es seguir inmutable mi sistema.

ODA VII.

Á PLANCO.

Laudabunt alii claram Rhodon, aut Mitylenen,

Alaben unos á la noble Rodas,
Clarísima entre todas,
Á Éfeso, Mitiline, ó las erguidas
Murallas singulares
De Corinto, bañadas por dos mares
Y de su espuma cándida nacidas;

O á Tebas fértil cuyo suelo honroso
Á Baco generoso
Miró nacer; ó á Delfos que descuella
Al Parnaso vecina
Donde Apolo facundo vaticina,
O el valle Tempe de Tesalia bella.

Otros procuren en extensos cantos
Celebrar los encantos
De la ciudad de Palas; y en oliva
Vencedora y luciente
Prefieran coronar la docta frente
Antes que en mirto, lauro ó siempreviva.

Y muchos entre todos de consuno,
Por agradar á Juno
De Argos altiva ensalcen á porfía
Los floridos verjeles,
Y sus nobles é indómitos corceles,
Y el lujo de Micenas y valía.

Que á mí, no tanto la sufrida Esparta
Me embebece y coarta,
O los fértiles campos de Larisa,
Como aquella caverna
Donde fluye la Albúnea sempiterna
Y entre guijas saltando va de prisa;

Y de Tívoli el Anio arrebatado
Y el bosque dilatado
De Tiburno, y los valles y los huertos
Gratos y humedecidos
Por aquellos arroyos bendecidos
Que allí se miran discurrir inciertos.

Á la manera que divide el Noto
Por el cielo remoto
Los nubarrones cárdenos en briznas,
Y luego las aleja
Y el firmamento, alígero, despeja
Sin producir vapores y lloviznas,

Así tú, Planco, ataja, ataja el vuelo
Al amargoso duelo;
Y acota los trabajos de la vida,
Como discreto y sabio,
Á menudo posando el seco labio
En grande taza de licor henchida;

Ora te veas pálido y sediento
 Allá en el campamento
 Las insignias velando relucientes,
 Ora en la verde alfombra
 De tu Tívoli mores á la sombra
 Cabe aquellas limpísimas corrientes.

Huyendo de su padre y Salamina
 Su amargura domina
 El Teucro, y de los álamos erguidos
 Con hojas coronaba
 La sien humedecida, y así hablaba
 Á sus conmlitones afligidos:

“Amables camaradas, compañeros
 “De mis tormentos fieros,
 “Doquiera que nos lleve la ventura,
 “Menos cruda y huraña
 “Que mi padre, si Teucro os acompaña
 “No desperéis; es Teucro quien augura.

“Sabed que Apolo, nunca fementido,
 “Constante ha prometido,
 “Que muy presto en incógnita ribera
 “La nueva Salamina
 “Fundaremos, tan bélica y divina
 “Que alcance á competir con la primera.

“Varones esforzados, que conmigo
 “Sufrís del enemigo
 “Hado el furor, ingentes los pesares
 “Despedid animosos
 “Y antes libad los vinos deliciosos:
 “Mañana tornaremos á los mares.”

ODA VIII.

Á LYDIA.

Lydia, dic, per omnes

Oh Lydia, yo te ruego
 Y por todos los dioses te lo pido,
 Que me digas: por qué con ese apego
 Á Sibari aturdido
 Te esfuerzas en perder, y le has perdido?

Por qué aborrece, dime,
 De Marte el campo y teme los rigores
 Del sol que enrojecido nos oprime
 En el mes de las flores,
 Y del árido polvo los ardores?

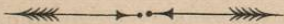
Por qué con sus iguales
 No quiere cabalgar cual buen soldado,
 Ni sujetar con ásperos ronzaes
 De Galia al potro alado
 Para ajustarle el rígido bocado?

Por qué teme las ondas
 Del flavo Tíber, y por qué abomina
 Pingüe el licor de las olivas blondas,
 Y al mirarle declina
 Como si fuera sangre viperina?

Y por qué los molledos
 Por las armas no lleva amaratados
 En el disco, famoso, allá en los ruedos,
 Y en los dardos lanzados
 Más lejos de los límites marcados?

Por qué, por qué se oculta,
 Cual se escondía el hijo de la diosa
 Tetis marina y que á su sexo insulta
 Al llevar veste airosa
 De tierna virgen, púdica y medrosa?

Cuentan de éste y es fama:
 Que antes que Troya por su negra suerte
 Se viera envuelta en humo y viva llama,
 El traje de hombre fuerte
 Trocó por otro hurtándose á la muerte.



ODA IX.

Á TALIARCO.

—
 Vides ut alta stet nive candidum

¿Ves levantarse á la cerúlea esfera
 Cual si de nieve fuera
 El cándido Soracte, y que agobiados
 Esos bosques sombríos
 No soportan la carga, y que los ríos
 Se paran por el hielo aprisionados?

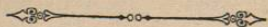
Atizando el fogón con seca leña,
 Oh Taliarco, domeña
 Al crudo frío; y saca de contino
 Del ánfora sabina
 De dobles asas al hogar vecina,
 El de cuatro años confortante vino.

Y al buen Dios lo demás deja prudente
 Que humilló juntamente
 Los vientos de la mar en la llanura
 Donde movían guerra;
 Ya no en vaivén inclínanse á la tierra
 El quejigo y ciprés de cima obscura.

Huye inquirir con arrogancia vana
 Lo que venga mañana;
 Y aquellos días que te da veloces
 La suerte, cuenta experto,
 Joven amigo, como lucro cierto;
 No el baile esquives, ni de amor los goces,

Mientras distante, cana y temerosa
 La vejez fastidiosa
 Esté de tu verdor. Al campo y eras
 Acude cual discreto
 Y háblales á las niñas en secreto,
 Ora, y repite siempre que lo quieras;

Ora, á la que se esconde con recato,
 Proditor siempre grato,
 Descubre, y manifiesta, por la risa;
 Y quita del molledo
 O del agudo resistente dedo
 Una alhaja y escóndela de prisa.



OD. X.

Á MERCURIO.

Mercuri, facunde nepos Atlantis,

¡Mercurio, nieto del robusto Atlante,
 Que suavizaste fieras las costumbres
 De nuestra especie con tu voz sonora
 Y en la palestra!

Te cantaré, de Jove mensajero
 Y de los dioses, de la corva lira
 Autor sagaz, y protector del hurto
 Hecho por burla.

En otro tiempo sus robados bueyes
 Te reclamaba con minaces voces,
 Y al advertir que aun el carcaj le hurtaste,
 Ríose Apolo.

Y el rico Priamo burla á los Atridas,
 Ilión dejada, siendo tú su guía,
 Y al centinela y de enemiga Troya
 Los campamentos.

Del alto Jove y de Plutón querido,
 Á las piadosas ánimas colocas
 En grato asiento; y á los Manes riges
 Con vara de oro.